

31 de diciembre de 2023.



Era media tarde y mientras toda España se afanaba en preparar la cena de nochevieja y la fiesta de recibimiento del nuevo año, Natalia y el joven Martín, degustaban una especie de galletita almendrada sentados en el frío suelo. Frente a ellos y sobre la tumba, una tercera galleta simbolizando la presencia de quien por desgracia, hacía ya años que no podía estar a su lado.

Lápida negra con letras blancas, igual de sencilla que como ella misma fue:

Antonia Molina Velasco

Faraján, 14 / 11 / 1921 – Sant Boi de Llobregat, 17 / 07 / 2007.

Una sepultura con el cuerpo y en memoria de la abuela de Natalia, que como ésta recordaba bien sus palabras, siempre se negó a llevar el socorrido ramo de flores y en su lugar, cada 31 de diciembre, compartían allí un “*Amarguillo*”, receta de la abuela y dulce recuerdo de la más tierna infancia de ambas.

Decía Antonia: *“Las flores se les llevan a los muertos y no estarás muerta del todo mientras alguien aún se acuerde un poquito de ti.”*

Aunque con ciertos matices, era esta una escena repetida cada 31 de diciembre desde su muerte, como fecha señalada e indiscutible, por el hecho de que tal día como este, pero ya 31 años atrás, Natalia comenzó a conocer realmente a su abuela.

Fue durante aquella cena de nochevieja, ya casi en los postres, donde Antonia inesperadamente rompió a llorar. Y aunque todos los presentes lo achacaron en un primer momento, al reciente fallecimiento de su hermana Teresa, el verdadero motivo de su llanto, era aún más profundo.

Logrando recuperar la compostura y mientras aún toda la familia la miraba con atención, soltó pausadamente como un jarro de agua helada, lo que nadie jamás hubiera sospechado y ni tan siquiera hubieran sido capaces de imaginar;

“Mi verdadero nombre no es Antonia Navas Benítez y tampoco nací en Alhama de Granada”.

La sorpresa y la incredulidad recorrieron toda la mesa e hicieron que incluso los más pequeños, que hasta ese momento jugaban y correteaban por el salón y entre los que se encontraba Natalia, se quedaran inmóviles y guardasen silencio.

Entonces, la abuela comenzó a intentar explicarse.

“Fue cuando la guerra, cuando mi padre ya había muerto y nosotras tuvimos que salir huyendo de nuestro pueblo y nuestra casa. Fue en la Corría, allí fue donde dejé de ser quien yo era y pasé a ser, lo que vosotros habéis conocido.”

Aquellas frases firmes, recias, tan tajantes como desconcertantes, aquella novedosa seriedad en la entrañable abuelita que siempre reía y contaba anécdotas amenas y divertidas, el silencio y la tensión de toda la familia, junto con lo inaudito de la historia, sin duda marcaron un punto de inflexión en todos los presentes, pero especialmente en la infancia de la pequeña Natalia, que apenas alcanzaba aún sus 10 años.

Antonia intentaba explicar, sin ningún afán de protagonismo, demasiadas cosas a la vez y en su relato se atropellaba a sí misma, mezclaba datos, recuerdos, nombres y sensaciones. Contó lo que pudo y como buenamente fue capaz, pero aunque realmente dejó en el aire más dudas que certezas, cuando las lágrimas volvieron a inundar sus ojos, todos entendieron que no era el momento de hacer preguntas y entonces fue el tío Pascual, quien con un enorme abrazo, le expresó la gratitud unánime y dio, al menos por el momento, aquel tema por zanjado.

En ese instante fue cuando Natalia salió corriendo a su habitación, buscó ansiosa la libreta que le había regalado su padre en vacaciones y anotó en ella todo lo que recordaba, a pesar de que apenas podía entenderlo y sin ser realmente consciente de su importancia.



Desde ese momento, ya por siempre y aún hoy en día, cada vez que ojea esa primera página, con palabras dispersas y aparentemente inconexas, escritas con una caligrafía digna de aquella temprana edad... sonríe y se alegra enormemente de la impulsiva decisión de utilizar “su mejor libreta”, para apuntar aquel alboroto, prácticamente ininteligible.

Mucho más tarde, llegaría la suerte de ir conociendo en profundidad a Antonia y no únicamente como abuela. La oportunidad de compartir espacio, confidencias, momentos buenos y también otros que no lo eran tanto...

Pero eso llegaría después y el caso es que hoy, pasados ya tantos años, Martín acompañaba a su madre al cementerio y tampoco es que esto fuese por pura casualidad.

Días atrás, durante una cena como otra cualquiera, el informativo abría con la imagen ya tan tristemente repetida, del rescate de más de un centenar de migrantes, tras el hundimiento de un cayuco frente a la costa malagueña. Y fue en ese preciso instante, que un suspiro emergió de lo más profundo de Natalia y que sin pensarlo ni pretenderlo, susurró un ligeramente audible, *“como mi abuela”*.

Andrés, su marido, Ariadna y Martín, sus hijos, la miraron de soslayo, pero no preguntaron nada, ni siquiera al intuir los vidriosos ojos de Natalia. Todos, como si ninguno se hubiese percatado del impulsivo comentario y de la afectación de la noticia, continuaron cenando mientras miraban el televisor.

Y tampoco Natalia dijo nada más, pero al terminar, mientras recogían la mesa, se dirigió al salón, abrió el armario y extrajo una caja de madera. Fue entonces cuando pidió al resto que se acercasen y ante ellos, abriéndola, les desveló su contenido.

Una serie de viejas libretas. Diferentes colores, similar tamaño. Exactamente diecisiete libretas, numeradas, fechadas y perfectamente ordenadas.

“Aquí está parte de su historia, de la larga y dura historia de mi querida abuela.



El último día de 1992 comencé a escribir todo esto y hasta la primavera de 2007, cada vez que mi abuela me contaba sus historias, yo iba escribiendo aquí todas las anécdotas, confidencias y “tonterías” como ella decía, que a veces sin ser muy conscientes ninguna de las dos, ella poco a poco, me iba regalando. Sin ninguna duda, aquí está la mejor herencia que jamás pude recibir.

Me contaba cosas de su vida, como sin darles ninguna importancia, pero la verdad es que a mí, todo aquello me parecía sumamente interesante.

Eran charlas muy variadas, en función del día y de su estado de ánimo, me contaba unas u otras cosas o las mezclaba todas un poco, a veces era un verdadero caos y sin embargo otras, eran relatos perfectos, llenos de coherencia y exactitud hasta en los más mínimos detalles.

2004... tres libretas enteras tengo de este año. Aquí es cuando la demencia comenzó a hacerle estragos y por aquel entonces, algo tan simple como preguntarle por lo que había comido, o donde había estado esa misma mañana, hacía que su debilitada mente se trasladase de inmediato 50, 60 o 70 años atrás y te contase como si lo acabase de vivir, innumerables recuerdos, que mantenía grabados a fuego en lo más profundo de su ser.

Mirad, esto de aquí es lo primero, diez años tenía yo y fijaos que letra...

Es de cuando la abuela, ya con sus 71 años, rompió el silencio, rompió su propia promesa y en medio de una cena de nochevieja, nos desveló a toda la familia que sus padres no eran sus padres, porque a su familia la habían matado “en el año de la guerra” y a ella, más o menos, la había adoptado otra familia.”

Natalia iba abriendo libretas aleatoriamente y comenzó a leer trozos de textos al azar. Vivencias, recuerdos, simples retazos de las confidencias de su abuela...

Allí había narraciones de cuando fue pastora, recetas de cocina, algún amorío de juventud, momentos de hambre, universidad, penurias varias, múltiples más bien, mucho trabajo, muchísimo, un largo exilio, lucha antifranquista, también feminista y ecologista... una vida de muchas luchas o más bien de una larga lucha interminable, alegrías muchas también y algún disgustillo que le dieron los hijos en sus años mozos, su boda, su pueblo, Francia, Suiza, su niñez...

Todo vivencias y sentimientos contados desde el amor, sin necesidad de adornar o de ser social o políticamente correcta y, sobre todo, transmitidos con la confianza de no sentirse juzgada. Eso sí, todo ello tan desordenado y a la vez tan sutilmente ligado entre sí, como lo es la vida misma. Y por otro lado, todo también tan íntimo como las confesiones entre una abuela y una nieta, que desde un profundo amor, llegaron a entenderse y conocerse mutuamente, mejor incluso que a sí mismas.

“La primera vez que vio el mar... recuerdo incluso la tarde en que me lo contaba y cómo aquello logró encajar en mi cabeza un millón de piezas, del hasta entonces, incomprensible puzle de su vida.



En 1937, en lo que la abuela llamaba el “año de la guerra”, porque para ella era más un dramático momento histórico, que una simple fecha concreta, vivía con su madre, o sea con su verdadera madre, la “mama Carmen” y con su hermana Consuelo, en la casa de una tía, en el barrio del Molinillo de la ciudad de Málaga.

El padre se había marchado al frente hacía ya meses, al comenzar la guerra, probablemente más que por convicción política, porque no quería para sus hijas todo lo malo que a él le había tocado vivir en su niñez.

Y recordaba mi abuela, cómo un domingo después de misa, el cura del pueblo, un fascista con sotana como tantos y tantos hubo, se le había acercado a su madre y entre el altar y el confesionario, casi con una sonrisa y en voz bien alta para que no sólo ella pudiera escucharlo, fue donde le dio la noticia. “Lucio el arriero” como todos lo llamaban, su marido, había muerto en un bombardeo cerca de Utrera, según el cura... por “ser rojo y por haber dejado abandonada a su familia”.

Así que después, ya en la casa, madre e hijas, lógicamente hundidas, asumiendo la noticia y el drama, entre lamentos y llantos y en medio del desconcierto, recordaron que antes de despedirse y sin saber que lo hacía para siempre, “Padre”, como ellas lo llamaban, les había dejado instrucciones muy claras de qué hacer, si los fascistas lograban acercarse mínimamente al pueblo.

Que se fueran para Málaga, les dijo, a la casa de una hermana suya y que no volviesen hasta por lo menos pasados unos meses, cuando todo ya estuviese algo más tranquilo.

Y lo sabían bien, hacía ya semanas que se acercaban...

Así que muy a su pesar, tras el duro golpe y sin entender muy bien la realidad del momento, casi por el compromiso de no contradecir al difunto, le hicieron caso y era así como habían salido de su casa y de su pueblo, del pequeño municipio de Faraján, con la intención de regresar en pocos días y sin imaginar tampoco ellas, que ninguna de las tres volvería ya nunca más, ni a su casa, ni a su pueblo.

También el novio de Consuelo se había ido al frente, en su caso, con un grupo de anarquistas en el verano del 36 y como decía la abuela, con el humor tan característico que ella tenía, la despedida debió ser intensa y con demasiado cariño, porque para cuando ellas salieron para Málaga, el embarazo era ya de casi cinco meses y para lo bueno y lo malo, esto era también un aliciente importante para partir sin cuestionarse demasiado, ni analizar ni pros, ni contras.

Viviendo ya en Málaga, Mama Carmen, intentaba que Antonia y Consuelo apenas saliesen y así se enteraran lo menos posible de la cruda realidad.

Pero obviamente, entre que los bombardeos eran casi diarios, lo que contaba la gente que como ellas había ido llegando a Málaga desde toda la comarca y que ambas hermanas se turnaban para colocarse tras la puerta de la alcoba, donde su tía cada noche escuchaba la radio, les daba a ambas una idea relativamente cierta de lo que realmente estaba ocurriendo, quisiera o no Mama Carmen y a pesar de su afán por protegerlas.



Lo que mi abuela no sabía, es que aquel que hablaba por la radio era el general golpista Queipo de Llano, desde radio Sevilla. Lo que sí sabía es que cada noche, lanzaba proclamas de asesinar, violar, saquear... todo lo que su ejército encontrase a su paso, bien fuese personal militar, civil, mujeres, ancianos o niños, aunque estuviesen atemorizados en sus casas y sin tomar ningún partido en la guerra. Aquel infame fascista, lo que pretendía como pura estrategia militar, era transmitir el miedo a través de la radio y ciertamente lo lograba el muy canalla.

Sabían que Málaga ya tampoco era un lugar seguro y a primeros de febrero, probablemente la mañana del día 7, aunque la abuela no recordaba la fecha exacta y es que como para fijarse en fechas estaba aquello... toda la ciudad se echó a las calles en un alboroto de pánico descontrolado.

Dicen que es que alguien había dicho, que no quedaba más opción que salir corriendo, porque los fascistas ya entraban en Málaga y porque los republicanos hacía ya rato que habían salido huyendo, dejando abandonada la ciudad.

Recordaba bien que nadie le habló ni de Nerja, ni de Motril, ni tampoco de Almería hasta varios días después, pero también, que aunque le hubieran hablado, ella tampoco sabía ni donde estaba eso, ni si era grande o pequeño, o ni si servía de mucho o de nada llegar hasta allí.

Así que nuevamente, entre el desconcierto y sin pensar demasiado, hicieron cada uno un hatillo con cuatro cosas, porque tampoco tenían mucho más y se dejaron arrastrar por la marea de gente, que unos con algo y otros sin nada, pero cada cual con su miedo, comenzaban literalmente a huir de Málaga.

Cien o ciento cincuenta mil, dicen que pudieron ser las personas que en esos días, salieron hacia Almería huyendo de los fascistas. Y en su inmensa mayoría, mujeres, ancianos y niños.



Y entonces me contaba, que llevarían andados como unos 15 kilómetros y estarían ya cerca de Rincón de la Victoria, cuando entre la marea de gente desconcertada, entre gritos y confusión, a pesar de llevar a su lado probablemente ya varias horas, fue cuando vio por primera vez el mar. Y recordaba también, cómo lo único que le provocó el verlo, fue un cierto alivio inocente, aunque después sabría que se equivocaba de pleno, porque entendió que al menos por allí, no podrían venir los fascistas.

Y vaya lástima de ilusión la suya, porque durante los siguientes días, cada vez que la carretera se encontraba junto a la costa, tres cruceros de guerra les bombardearon sin descanso, asesinando a cientos o quizás a miles de inocentes, que como ellas solamente pretendían huir.



Vieron pasar durante aquellos primeros días, a los relativamente pocos vehículos que salieron de Málaga, a los innumerables niños atados con sábanas para que no se perdiesen entre la multitud, vieron las cunetas llenas, al principio de enseres que pesaban demasiado para tan largo viaje y poco después, llenas también de quienes caían abatidos por el fuego fascista. Frio, miedo, sangre, impotencia y total incomprensión, contaba ella que eran los elementos comunes, de las miles de vidas inocentes, que peregrinaban por aquella carretera de muerte y barbarie sin sentido.

Y cuando llevarían ya dos o tres días, eso ella no lo recordaba, estando por la tarde descansando a la orilla de la carretera y escondidas junto con otra muchísima gente en un campo de cañas de azúcar, cañadú lo llamaba ella, volvió a invadirles el pánico al oír que les sobrevolaban los “aparatos de la cruz”.

Madre e hijas, como otras tantas allí, decía que sólo acertaron a abrazarse y rezar, esperando no ser vistas y evitar así, que abrieran fuego contra ellas.

Pero no, por desgracia, no tuvieron esa suerte.

Lo de la cruz era porque los aviones alemanes e italianos llevaban un aspa de color negro en la cola para poder identificarlos, pero ni ellas sabían si eran italianos, alemanes o fascistas sublevados españoles, ni los pilotos seguramente sabrían si allí había alguien o no. Lo que sí sabían es que si alguien hubiese, sería población civil indefensa, pero igualmente ametrallaban contra todo aquello que les generase la más mínima duda y así lo hicieron también en ese momento al sobrevolar el campo de cañadú.



Me contaba como las tres, abrazadas, cerraron los ojos y apretaron sus cuerpos hasta oír por fin los ruidosos motores alejarse mar adentro y que fue entonces, al soltar el abrazo, cuando el cuerpo de mama Carmen se les escurrió a ambas entre los brazos cayendo a sus pies, sin apenas derramar una gota de sangre. Observaron la herida, una bala había atravesado su cabeza de lado a lado y su cuerpo sin vida cayó desplomado sin remedio. Las dos hermanas, decía que sólo pudieron romper a llorar y volver a abrazarse con todas sus fuerzas.



Habían visto ya muchos cadáveres, varios cientos seguramente, demasiados en cualquier caso, pero es que ahora, era su madre...

Los días siguientes fueron más de lo mismo, pero muchísimo más duros para ambas. Prácticamente dos niñas, ahora huérfanas, huyendo hacía no sabían dónde, con un futuro más que oscuro e incierto, intentando asumir la pérdida de su madre entre cansancio, hambre, devastación y con la muerte presente a cada paso. Hostigadas por los barcos, los aviones y con la certeza de que tras ellas, también avanzaban los fascistas que habían llegado a Málaga.

Llorar, sufrir, andar, esconderse, huir... Seguir huyendo como única opción.

Y un día, a medio camino entre Almuñécar y Salobreña volvieron a aparecer dos barcos, que eran tan grandes o quizás es que estaban tan cerca, que ella no supo distinguir si eran los mismos de días atrás, pero eso tampoco importaba, porque el estruendo apenas tardó en llegar.

Esta vez, la bomba no impactó contra la montaña como tantas otras, ni hubo desprendimiento. Cayó justo en medio de la carretera, generando un boquete enorme y arrasando con todo lo que había en muchos metros a su alrededor.

Decía que oyó un fuerte pitido y que sintió tanto dolor, que creía que la cabeza le explotaría por dentro, pero que cuando la nube de polvo le dejó ver lo que tenía a su alrededor, todo, incluso su cabeza se quedó en un absoluto silencio.

Pocos metros más adelante, junto a otros muchos, estaba destrozado el cuerpo sin vida de su hermana y ella sólo recordaba que cayó de rodillas y que entonces, ni siquiera pudo llorar.



Contaba su sensación de que con todo perdido y nada por lo que continuar, se le había acabado ya la vida. Pero es que además, no recordaba nada más, ni bueno, ni malo, ni regular, nada en absoluto hasta poco antes de llegar a Almería. Y para entonces, necesariamente deberían haber pasado otros cuatro o cinco días, pero ella ni siquiera era consciente de cómo había podido llegar hasta allí.

Supongo y ella lo suponía también, que alguien le habría ayudado a retomar el camino o quizás fuese que simplemente siguió a la marea humana por inercia, pero lo que es seguro es que su mente se bloqueó y que necesitó borrar para siempre aquellos momentos de tanto dolor.

Tal vez por la sensación de sentirse observada y también juzgada, o por los gritos y llantos, ahora de cierta alegría, de quienes alcanzaban por fin su esperada meta, pero fue ya llegando a Almería, cuando comenzó a volver a ser mínimamente consciente de la realidad.

Deambulando sin rumbo, desconsolada, perdida y sola, y sin poder intuir que al girar la siguiente esquina, su vida cambiaría para siempre.



Y es que vio allí a un grupo de gente, sin duda también en similar situación a la suya y al cruzarse su mirada con la de una chica sonriente, aparentemente incluso alegre, se quedó petrificada como intentando interpretar aquella imagen que se le antojaba tan absolutamente fuera de lugar.

Se miraron por un instante y sintió como si aquella desconocida, pudiese entenderla e incluso empatizar con cómo se sentía en aquel preciso momento. Ambas conectaron y antes de mediar palabra, la chica se le acercó ofreciéndole un botijo con agua.

Aquella muchacha, era Teresa. Casi la misma edad, casi ambas en la misma situación... y entonces bebió y se sentaron en el suelo y apenas se contaron un poquito quienes eran y de las múltiples calamidades vividas hasta llegar allí, sin sospechar todo lo que les quedaría por compartir durante los siguientes cincuenta años.

La familia era de Alhama de Granada y habían salido de allí, huyendo como todos. Pero en su caso, al ir por el interior hasta Salobreña y al haber salido unos días antes, digamos que tuvieron la fortuna, de no haber sufrido ni ataques, ni hostigamiento, ni bombardeos... y habían llegado hasta Almería los doce niños, el padre, la madre, la abuela, un burro y una mula.

Allí había niños y niñas de todas las edades, incluidos un par de ellos tan pequeños que no andaban y los llevaban en los serones del burro, tenían ropa, algo de comida y lo más importante para mi abuela en ese momento, se tenían todos los unos a los otros.

Los conoció, pudo comer algo y entre el cansancio y el remanso de relativa paz que encontró entre aquellos desconocidos, logró dormir, probablemente por primera vez en muchos días.

Y fue a la mañana siguiente, que sin ningún preliminar, Juan, el padre de la familia, así como si nada, le sugirió que los acompañase. Había un autobús, gestionado por el Socorro Rojo, que los llevaría hasta un pueblo del noreste de la provincia de Granada, Castelléjar.



Tenían ya apalabradas quince plazas, para toda la familia, pero el mayor de los hijos, había decidido, que él haría el camino a pie llevando la mula y el burro, porque eran lo más valioso que tenían y también porque allí donde fueran, los necesitarían para poder trabajar y así poder ganarse la vida.

No hace falta ya que os cuente, que mi abuela finalmente aceptó la invitación y ocupó la plaza libre en aquel autobús, que como ella decía, fue el inicio de su exilio, pero también el de su nueva vida.

Nueva vida que no fue fácil, ni en Castilléjar, ni en Alhama después, ni prácticamente nada fue fácil en su vida, pero decía siempre esbozando una sonrisa, que nunca tuvo miedo, porque como ella ya había muerto en la "corría", todo lo que viniese después, era tan solo un regalo.

“La corría” la llamaba ella siempre, porque decía que es lo que les tocó.

Salir corriendo, seguir corriendo y huir corriendo.

Quince años tenía, como tú ahora Martín. Quince años y una vida gastada y sufrida, pero también esa otra vida por delante, con muchísima más historia, que si queréis, os la contaré otro día.”

En efecto, hoy Martín acompañó a su madre al cementerio, y no, no fue por casualidad.

Fue porque algo en su interior, quizás tan solo curiosidad, le motivó a conocer un poco más sobre la historia de aquella mujer, que sin ninguna duda, había sido y seguía siendo, alguien tan importante para su madre.

31 de diciembre, fin de año, era un día duro e intenso para Natalia y se encontraba como flotando sobre una extraña sensación entre la nostalgia por su abuela y el orgullo por el gesto de su hijo.

Así que, aunque hacía ya varios años que lograba no llorar al recordar a su adorada abuela, al ver lo que Martín y Ariadna, habían preparado para la cena, no pudo evitarlo.

Una silla de más, un plato de más, una copa de más... y presidiendo la mesa un portarretratos con la foto de Antonia, un bolígrafo y una libreta nueva.

Un gesto que hizo, que mientras el llanto brotaba más que de sus ojos, de lo más profundo de su ser, Natalia sintiese que su abuela aún seguía viva, muy viva.

Incluso quizás, más viva aún, que en muchos momentos de su propia existencia.

